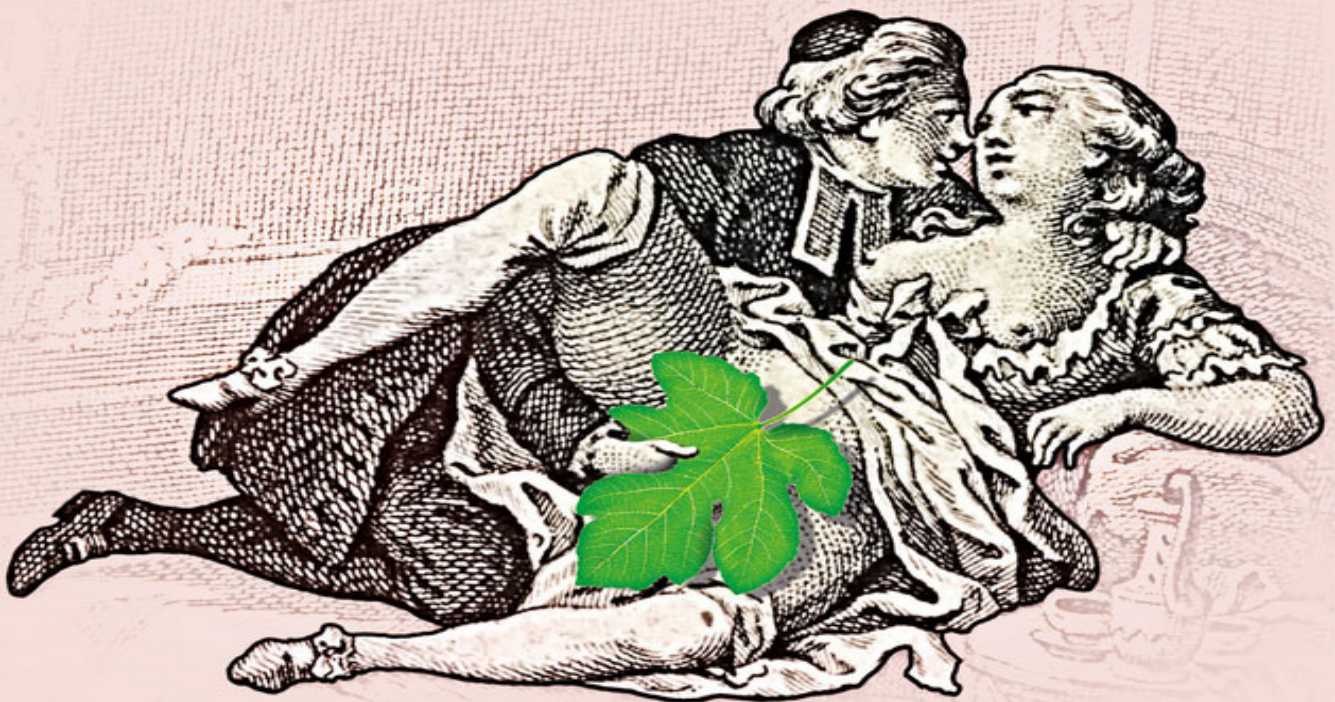


KATE LISTER

Una
CURIOSA
HISTORIA



del
SEXO

Capitán Swing ⚙️

Una
CURIOSA
HISTORIA
del SEXO

K A T E L I S T E R

Traducción de
Isadora Carolina Prieto
Anna Hernández

Capitán Swing 

Una
CURIOSA
HISTORIA
del SEXO

Para SWOP NSW

Para mi familia (¡lo siento!)

Introducción

*«Las emociones no expresadas nunca mueren.
Son enterradas vivas y vuelven a aparecer
de forma más terrible».*

SIGMUND FREUD

El sexo es uno de los grandes niveladores universales. Parafraseando al marqués de Sade de Geoffrey Rush, «comemos, dormimos, cagamos, follamos y morimos».[1] El deseo traspasa las barreras culturales, de género y de clase. No le importan nuestras «reglas» y, como te dirá cualquiera que haya sido pillado con los pantalones bajados, le importa aún menos el sentido común. Por supuesto que los humanos hacen mucho más que comer, cagar y follar; nuestro intelecto es lo que nos distingue realmente de las bestias. Y ahí radica el problema. Decir que se ha pensado demasiado sobre el sexo es quedarse corto.

Toda forma de vida en este planeta comparte el deseo de reproducirse, pero lo que hace único al ser humano es la complejidad, la variedad y la multiplicidad en las formas con las que busca satisfacer sus deseos sexuales. En *Forensic and Medico-legal Aspects of Sexual Crimes and Unusual Sexual Practices* (2008), el profesor Anil Aggrawal enumeró 547 parafilias sexuales de interés e indicó que

«como las alergias, las excitaciones sexuales pueden producirse por cualquier cosa bajo el sol, incluido el mismo sol».[2] Y por si te interesa, la excitación sexual causada por el sol se llama *actirastia*.

Los humanos son, además, las únicas criaturas que estigmatizan, castigan y se avergüenzan de sus deseos sexuales. Si bien todos los animales tienen rituales de cortejo, ningún animal salvaje ha ido a terapia para confesar su fetichismo por el látex. La abeja reina se acuesta hasta con cuarenta parejas en una sesión y vuelve a su colmena empapada de semen, con las pollas cortadas de sus conquistas, pero ni un solo zángano la llamará «puta». Los babuinos macho se follan alegremente todo el día sin temor a ser enviados a terapias de «reorientación sexual». Por el contrario, la culpa que sentimos los humanos por nuestros deseos puede ser paralizante, y se infligen severos castigos a aquellos que rompen «las reglas».

El novelista colombiano Gabriel García Márquez escribió en una ocasión que «todo el mundo tiene tres vidas: una vida pública, una vida privada y una vida secreta».[3] Paradójicamente, nuestra vida secreta es la más honesta. Mantenemos en secreto esta parte más genuina porque los sistemas que hemos creado la han hecho incompatible con nuestra vida pública. En un esfuerzo por controlar nuestro lado secreto, hemos convertido el sexo en un asunto moral, desarrollando complejas estructuras sociales para regular nuestros impulsos. Inventamos categorías para intentar controlarlos: gay, heterosexual, monógamo, virginal, promiscuo, etc. Aun así, la sexualidad no encaja a la

perfección en las casillas creadas por los hombres, sino que las desborda, y es entonces cuando las cosas se vuelven complejas. Si intentamos reprimir nuestro deseo, este se transforma en una línea de falla que corre por debajo de nuestras estructuras de moralidad, ética y decencia. Pero cuando la *niebla rosa* descienda, las personas se arriesgarán al terremoto para lograr un orgasmo.

El acto sexual en sí mismo no ha cambiado desde que supimos qué iba dónde. Penes, lenguas y dedos han ido probando bocas, vulvas y anos en busca del orgasmo desde que los humanos salieron arrastrándose por primera vez del lodo primordial. Lo que cambia es el guion social que dicta el modo en el que se entiende culturalmente el sexo y la manera en la que se practica.

Según Pornhub, la mayor página web de pornografía, «lesbiana» se mantiene como la búsqueda número uno de su plataforma a nivel mundial desde su inicio en 2007. En los Países Bajos, la búsqueda aumentó un 45 por ciento de 2016 a 2018.[4] Por lo tanto, sería justo decir que los holandeses le están dando un gran visto bueno al sexo lésbico. Sin embargo, no siempre han apreciado tanto el amor entre mujeres. Entre 1400 y 1500, quince mujeres fueron quemadas vivas acusadas de «sodomitas» en los Países Bajos.[5] Aquellas que no fueron condenadas a muerte se enfrentaron a severos castigos. En 1514, Maertyne van Keyschote y Jeanne van den Steene fueron azotadas públicamente, se les quemó el cabello y fueron expulsadas de la ciudad por practicar «el pecado antinatural de sodomía con chicas jóvenes».[6] Seiscientos años después, el pecado antinatural de «sodomía con

chicas jóvenes» es la categoría de porno más vista entre los descendientes de las personas que consideraron razonable arrojar lesbianas a la hoguera.

Las búsquedas en Pornhub de «porno para mujeres» aumentaron un 359 por ciento en 2018, y ese mismo año las mujeres vieron un 197 por ciento más de pornografía lésbica que los hombres. Esto habría sido una sorpresa para el Dr. William Acton (1813-1875), quien afirmaba que «la mayoría de las mujeres —afortunadamente para ellas— no tienen demasiadas preocupaciones sexuales».[7] Y para el editor del *Sunday express*, James Douglas (1867-1940) habría supuesto toda una incógnita. En 1928, Douglas atacó a la histórica novela lésbica de Radslyffe Hall, *El pozo de la soledad*, escribiendo: «[...] esta peste está devastando a la generación más joven. Está destrozando la vida de los jóvenes. Está profanando las almas jóvenes». Douglas instó a la sociedad a «limpiarse de la lepra de esos leprosos».[8] Sin embargo, noventa años más tarde, aquí estamos millones de mujeres de todo el mundo masturbándonos con esa «pestilencia», con nuestras leprosas almas intactas. ¡Qué época para estar viva!

Este es un libro sobre cómo han cambiado las actitudes hacia el sexo a lo largo de la historia. Es una curiosa historia del sexo y de los comportamientos que hemos tenido, con nosotros mismos y con los demás, en la búsqueda —y negación— del todopoderoso orgasmo. No se trata de un estudio exhaustivo de todas las rarezas sexuales, perversiones y rituales culturales a través de los tiempos, ya que eso supondría escribir una enciclopedia. Se trata más bien de una gota en el océano, un remo en la

parte poco profunda de la historia del sexo, pero, a pesar de ello, espero que os mojéis placenteramente. He intentado elegir temas que proporcionen un contexto valioso a las inquietudes actuales, en particular a los asuntos de género, la vergüenza sexual, la belleza, el lenguaje y las ideas que hay detrás de la regulación del deseo. He escogido temas que me resultan muy cercanos, tales como la historia del trabajo sexual; temas profundamente emotivos como el aborto, y temas que me han hecho reír, como el asunto del «pan de berberecho» y la búsqueda del orgasmo sobre una bicicleta.^[9] Aunque sea fácil reírse de las tonterías en las que creyó la gente a lo largo de la historia, y espero que lo hagáis, es infinitamente más valioso ver lo parecidos que somos a las personas que nos precedieron y cuestionar nuestras propias creencias. El sexo sigue siendo un tema profundamente controvertido, y en muchos sitios es una cuestión de vida o muerte. Estas actitudes cambiarán una y otra vez, esperemos que para mejor. Pero no llegaremos jamás al punto en el que el sexo esté libre de la vergüenza y el estigma si no somos capaces de comprender de dónde venimos.

Un apunte sobre el uso del lenguaje: entramos en un terreno duro en lo que respecta al lenguaje ofensivo. Este es un libro que desvela actitudes históricas hacia el sexo y el género. Nuestros antepasados poco sabían sobre la fluidez de género: partían del determinismo biológico y el binarismo. Como resultado, gran parte del material histórico de este libro define a las mujeres como «poseedoras de vulvas» y a los hombres como «poseedores de penes». Por ejemplo, en el capítulo sobre la historia de

la palabra *cunt* [coño], se entiende *cunt* como los genitales de una mujer. Hoy sabemos que algunas mujeres tienen coño y otras no, así como algunos hombres lo tienen y otros no. Pero nuestros ancestros no veían el género o la biología en estos términos: para ellos, «coño» eran los genitales de la mujer. Si bien esto puede resultar ofensivo a los oídos modernos, entender las actitudes históricas hacia la identidad de género y la morfología sexual es esencial si queremos comprender de forma compleja cómo la heteronormatividad y las construcciones sobre lo binario han llegado a dominar las narrativas culturales.

La jerga histórica que se emplea en este libro es veraz y le sigue la fecha en que fue registrada por primera vez. Mi principal fuente es el *Diccionario de la jerga*, de Jonathon Green, que recomiendo enfáticamente si queréis aprender más.

[1] Philip Kaufman, *Quills* (Fox Searchlight, 2000).

[2] Anil Aggrawal, *Forensic and Medico-legal Aspects of Sexual Crimes and Unusual Sexual Practices* (Boca Ratón: CRC Press, 2008), p. 369.

[3] Gerald S. Martin, *Gabriel García Márquez: A Life* (Londres: Bloomsbury, 2009), p. 205.

[4] «2017 Year in Review Pornhub Insights», en *Pornhub*, 2018. <https://www.pornhub.com/insights/2017-year-in-review>. [Consultado el 29 de septiembre del 2018].

[5] Jonas Roelens, «Visible Women: Female Sodomy in the Late Medieval and Early Modern Southern Netherlands (1400-1550)», «BMGN» *Low Countries Historical Review*, 130.3 (2015). <<https://doi.org/10.18352/bmgnlchr.10101>>.

[6] *Ibíd.*

[7] William Acton, *The Functions and Disorders of the Reproductive Organs in Childhood, Youth, Adult Age, and Advanced Life* (Londres: John Churchill, 1857), p. 101.

[8] James Douglas, «A Book That Must be Suppressed», en *Palatable Poison: Critical Perspectives on The Well of Loneliness*, ed. por Laura L. Doan y Jay

Prosser (Nueva York: Columbia University Press, 2002), pp. 10-11.

[9] En el siglo XVII, la expresión «moldear el pan de berbereco» tenía una connotación sexual. (*N. de la T.*).

SEXO Y PALABRAS

Qué pena que sea una puta

La «puta» de antaño

El lenguaje es un importante campo de batalla en la lucha por la igualdad social. Como dijo el lingüista Daniel Chandler de forma sucinta: «El lenguaje constituye nuestro mundo, no se limita a registrarlo o etiquetarlo».[10] Es fluido y maleable, e impulsa las actitudes sociales, además de expresarlas. Para ver la evolución del lenguaje podemos observar la terminología cotidiana que se empleaba en el pasado para describir a las personas «de color»: en inglés, era perfectamente aceptable referirse a una persona de raza mixta con la expresión *half caste* [media casta], y «de color» era un término aceptado para referirse a una persona negra. Estas palabras no se consideraban ofensivas, sino meramente descriptivas, y aún pueden oírse ocasionalmente, aunque afortunadamente con menos frecuencia. Pero si analizamos las estructuras de poder implícitas en estas frases, empezaremos a comprender de qué modo las palabras refuerzan y crean nuestra realidad. Una persona «de media casta» es, por definición, «la mitad de algo»: está medio formada, medio hecha; es media persona, en lugar de una persona completa por derecho

propio. Una persona «de color» ha sido metafóricamente coloreada, lo que sugiere un estado original no coloreado — o blanco—; refuerza la diferencia y sugiere tácitamente una jerarquía racial. Puede que no reconozcamos inmediatamente las implicaciones de estas expresiones, pero describir a alguien como «medio formado» simplemente refuerza las actitudes raciales. Como argumentó Chandler, crea realidad, no solo la registra. El lenguaje que refleja la realidad de uno o varios individuos es un proceso en constante evolución, y a pesar de que la corrección política es a menudo objeto de escarnio, no conseguiremos la igualdad social si el lenguaje que utilizamos para describir a los grupos marginados solo refuerza el estigma. El lenguaje inspira gran parte del debate en torno a los derechos LGBTQ, las cuestiones relativas al cuerpo, el edadismo y, por supuesto, el género.



La puta de Babilonia de la biblia luterana.
Edición de 1534.

La reivindicación de términos ofensivos es un campo de minas lingüístico en el que nadie ha escrito las reglas, pero todos sabemos que existen. «Maricón», «puta», «perra», etc., pueden funcionar como términos de inclusión y hasta de afecto cuando se utilizan dentro de grupos específicos. En tanto que mujer blanca y heterosexual no puedo llamar «maricón» a un gay, pero sí puedo llamar «perra» a mi amiga, mientras que un hombre heterosexual no podrá hacerlo (aunque un hombre gay quizá sí podría): un campo minado, en efecto. Cuando un término ofensivo es recuperado y reivindicado por las personas a las que antes estigmatizaba, se convierte en una acción desafiante: quita el poder a los opresores, impulsa una identidad dentro de

los antiguos oprimidos y señala con dos dedos políticamente incorrectos el orden establecido. Por supuesto, muchos sostienen que estas palabras, empleadas en cualquier contexto, solo sirven para reforzar un prejuicio, ya que dichas palabras nunca se libran de la carga histórica: nombran y crean realidad. La palabra «puta» también se encuentra en un proceso de recuperación entre ciertos grupos de la comunidad del trabajo sexual, mientras que otros la rechazan por completo.

La verdad es que no debería haber utilizado el término «puta» en la web *Whores of Yore*; no es mi palabra, y si no eres una trabajadora sexual, tampoco es la tuya. Es un término ofensivo que las trabajadoras del sexo escuchan todos los días por parte de quienes buscan desvalorizarlas y avergonzarlas, pero yo no lo percibí del todo en aquel momento. Utilicé «puta» aludiendo a la sexualidad transgresora, como «zorra» o «fulana», no para referirme a una mujer que vende sexo. Siempre he considerado que la palabra es mucho más amplia que eso. He recibido comentarios de muchas trabajadoras sexuales que cuestionan el uso que hago del término, y durante un tiempo consideré seriamente la posibilidad de cambiarlo. Pero la historia de esta palabra es importante y quiero destacarla. Creo que merece la pena plantear el debate sobre el significado real de «puta».

El dramaturgo alemán Georg Büchner (1813-1837) escribió en una ocasión que «la libertad y las putas son los elementos más cosmopolitas bajo el sol».[11] Pero ¿qué significa realmente la palabra «puta»? ¿De dónde viene y

qué tiene que hacer alguien para ganarse ese título? ¿Por qué a Juana de Arco, que murió virgen, se la llamó «la puta francesa»? ¿Y por qué Isabel I, la «reina virgen», fue atacada como la «puta inglesa» por sus enemigos católicos? Los revolucionarios franceses llamaron a María Antonieta la «puta austríaca»; Ana Bolena fue la «gran puta», y en la campaña presidencial de 2016, Hillary Clinton fue atacada repetidamente con la palabra «puta» por los partidarios de Trump.[12]

Tal vez pensamos que sabemos perfectamente lo que queremos decir si alguna vez nos decidimos a soltar la bomba «puta», pero la palabra es histórica y culturalmente compleja. Este simple bisílabo está cargado de más de mil años de intentar controlar y avergonzar a las mujeres estigmatizando su sexualidad.

La palabra es tan antigua que sus orígenes precisos se pierden en la noche de los tiempos, pero se puede rastrear hasta el nórdico antiguo *hora* [adúltera]. *Hora* tiene múltiples derivados, como el danés *hore*, el sueco *hora*, el holandés *hoer* y el alto alemán antiguo *huora*. Si nos remontamos más atrás, a la lengua protoindoeuropea (el ancestro común de las lenguas indoeuropeas), «puta» tiene raíces en *qār*, que significa «gustar, desear». *Qār* es una base que ha dado lugar a palabras para «amante» en otras lenguas, como el latín *carus*, el irlandés antiguo *cara* y el persa antiguo *Kama*, que significa «desear».[13]

«Puta» no es una palabra universal. Los pueblos de las naciones originarias de Canadá y los nativos hawaianos no tienen una palabra para «puta», ni tampoco para prostitución.

Desde el siglo XII, «puta» era un término ofensivo para señalar a una mujer sexualmente promiscua, pero no se refería específicamente a una trabajadora sexual. La definición de Thomas de Chobham en el siglo XIII aludía a cualquier mujer que mantenía relaciones sexuales fuera del matrimonio; que levanten la mano todas aquellas que acaban de descubrir que son una puta del siglo XIII.[14] Shakespeare utilizó «puta» casi cien veces en sus obras — *Otelo*, *Hamlet* y *El rey Lear*—, pero en ninguna de ellas adopta la acepción de «alguien que vende sexo», sino de «mujer promiscua». *El diablo blanco* (1612) de John Webster explora las narrativas en torno a las mujeres de mal comportamiento. En una escena memorable, Monticelso define «puta»:

¿He de explicaros el sentido de tal palabra? A fe que lo haré, y os la caracterizaré de modo perfecto. Confituras son, en primer lugar, que corroen las entrañas de quien las come, y perfumes envenenados para el olfato humano. Son alquimia fraudulenta, naufragio en la mar reposada. ¿Qué son las prostitutas? Son los gélidos inviernos de Rusia, tan estériles que podría pensarse que la naturaleza hubiera olvidado la primavera. Son el mismo fuego que alimenta el infierno, son cosa peor que esos tributos que se pagan en los Países Bajos y que gravan la comida, la bebida, el vestido, el sueño, e incluso el pecado: son la perdición del hombre. Son esas frágiles pruebas legales que, por el mero olvido de una sílaba, conducen a un desgraciado a la pérdida de sus bienes. ¿Qué son las prostitutas? Son esas campanas aduladoras que con el mismo tono resuenan en bodas y funerales. Son ricos tesoros que por la extorsión se llenan y por el vicio execrable se vacían. Son hartos peores que esos cuerpos muertos, tan solicitados al pie del patíbulo, que los cirujanos llevan a sus mesas para mostrar al hombre dónde habitan sus imperfecciones. ¿Qué son las prostitutas? Son como la moneda falsa y delictiva, que, quienquiera que la haya acuñado, trae conflictos a todos los que después la reciben.[15]

Monticelso no lo admite, pero lo que impulsa este desvarío es el miedo a las mujeres, el miedo a que puedan ejercer el poder sobre los hombres, a que puedan «enseñar al hombre su imperfección». Aquí, una puta no es una trabajadora del sexo, es una mujer que tiene autoridad sobre un hombre y que debe ser avergonzada para que guarde silencio a toda costa.

Históricamente, el término «puta» se ha utilizado para atacar a quienes han alterado el *statu quo* y se han defendido a sí mismas, casi siempre en un intento de reafirmar el control sexual y el dominio sobre ellas. Pero a diferencia de la palabra «prostituta», «puta» no está ligada a una profesión, sino a un estado moral percibido. Por eso, muchas mujeres poderosas sin relación con el oficio del sexo han sido llamadas «putas»: Mary Wollstonecraft, Phoolan Devi o incluso Margaret Thatcher. La palabra es un intento de avergonzar, humillar y, en última instancia, someter al objetivo. Es tan probable que llamen puta a cualquier mujer en la calle como a una líder mundial, quizá incluso más.

«Putas» es un insulto desagradable hoy en día, pero llamar a alguien puta a principios de la Edad Moderna se consideraba una difamación tan grave que podían llevarte a los tribunales por calumnia.^[16] El insulto «puta» es, de lejos, el más citado en los casos de calumnia a una mujer, junto a un sinnúmero de variantes creativas: «puta apestosa», «puta avariciosa», «puta borracha», «puta con enaguas de encaje» y «puta perra». De todas ellas hay testimonio.^[17]

En 1664, Anne Blagge afirmó que Anne Knutsford la había llamado «puta con trasero sifilítico».^[18] La pobre

Isabel Yaxley se quejó en 1667 de un vecino que la había acusado de ser una «puta» a la que se podía «follar por un penique de pescado».[19] En 1695, Susan Town, de Londres, acusó a Jane Adams de gritar «sal, puta, y ráscate el culo roñoso como yo».[20] En 1699, Isabel Stone, de York, presentó una demanda contra John Newbald por llamarla «puta», «vulgar puta» y «puta con el culo cagado», así como «perra» y «perra con el culo cagado».[21] En 1663, Robert Heyward fue arrestado por el tribunal de Cheshire por llamar a Elizabeth Young «perra salida» y «puta inmunda». En el tribunal afirmó que podía probar que Elizabeth era una puta que «debería ir a casa a lavar las manchas de su abrigo».[22]



Ejemplos de lenguaje «poco femenino» en *New Art of Mystery of Gossiping*, 1770.

Para probar un caso de calumnia, necesitabas un testigo del insulto, demostrar que la acusación era falsa con un «testigo de carácter» y ofrecer pruebas de que tu reputación había sido dañada por dichos calificativos. Las penas por calumnia iban desde las multas y la obligación de disculparse públicamente hasta la excomunión, aunque esto último era poco frecuente. Un ejemplo de castigo es el que ocurrió en 1691, cuando a William Halliwell se le ordenó disculparse públicamente en la iglesia con Peter Leigh por difamarle:

Yo, William Halliwell, olvidando mi deber de caminar en amor y caridad hacia mi prójimo, he pronunciado y hecho públicas varias palabras escandalosas, difamatorias y reprobatorias contra Peter Leigh [...]. Por la presente me retracto, revoco y retiro dichas palabras por ser totalmente falsas, escandalosas y embusteras [...]. Estoy sinceramente arrepentido y por la presente confieso y reconozco que le he perjudicado y herido mucho.[23]

La acusación de «puta» era especialmente perjudicial, ya que afectaba directamente al valor de la mujer en el mercado matrimonial. Así, cuando en 1685 Thomas Ellerton llamó a Judith Glendering «puta» que iba de «granero en granero» y de «hojalateros a violinistas», estaba haciendo algo más que ser ofensivo, estaba impidiendo que encontrara un marido.[24] En 1652, Cicely Pedley alegó que la habían llamado «puta» con la intención «de impedir su matrimonio con una persona de *buena calidad*».[25] E incluso podía afectar a los negocios: en 1687, un juez de paz decidió que llamar a la esposa de un posadero «puta» era procesable, porque había afectado al negocio.[26]

Se daban numerosos casos de calumnia presentados por maridos cuyas esposas habían sido llamadas «puta».

Llamar «puta» a la esposa de alguien era un insulto particularmente demoledor, ya que no solo se insultaba a la esposa, sino que también impugnaba al marido como cornudo y cuestionaba su capacidad para satisfacerla sexualmente. En 1685, por ejemplo, Abraham Beaver fue acusado de soltarle a Richard Winnell que volviera «a casa, cornudo, que encontrarás a Thomas Fox en la cama con tu esposa».[27]

Aunque los casos en los que los hombres alegaban haber sido calumniados resultaban menos frecuentes, también solían ser por injurias de naturaleza sexual. En 1680, Thomas Richardson llevó a los tribunales a Elizabeth Aborne de Londres por decir que su pene estaba «podrido de viruela».[28] También se atacaba a los hombres como «puteros», «cornudos», «mujeriegos», «canallas» y, en alguna ocasión, como «tonto y celoso gilipollas».[29] Algunos presentaron demandas contra personas que les habían llamado «ladrones», «mendigos» o «borrachos». En 1699, Thomas Hewetson fue llevado ante los tribunales de York por llamar a Thomas Daniel «mendigo»: «Iba por la región mendigando de puerta en puerta».[30]

A finales del siglo XVIII se produjo un notable descenso en el número de casos por calumnia presentados ante los tribunales de la Iglesia. Los historiadores han debatido durante mucho tiempo los motivos. Es posible que a medida que las ciudades crecían y la población aumentaba, los tribunales se preocuparan más por otros delitos que por el hecho de que las mujeres se llamaran entre sí «puta fastidiosa» y «puta con trasero sifilítico». Es probable que un cambio en la cultura convirtiera en algo menos habitual

llevar este tipo de disputas ante un juez. En 1817, la ley británica dictaminó que «llamar puta a una mujer casada o a una soltera no es procesable, porque la fornicación y el adulterio no son objeto de censura terrenal sino espiritual».

[31]



Google Ngram Viewer: frecuencia de la palabra «puta» registrada en la literatura inglesa desde 1500 hasta 2008.

Como muestra el gráfico anterior, a partir del siglo XVII disminuyó considerablemente el uso de la palabra «puta». Hasta finales del siglo XVII, «puta» seguía siendo un término legal y aparece en no menos de 163 juicios en Old Bailey desde 1679 hasta 1800. Historiadores como Rictor Norton han analizado cómo «prostituta» o «vulgar prostituta» llegó a sustituir a «puta» como terminología legal para designar a una persona que vende servicios sexuales.[32] Sospecho que el fuerte declive en el uso de «puta» a finales del siglo XVII está relacionado con el cambio lingüístico: pasó de término legal a mero insulto.

Hoy en día, la palabra «puta» se limita en gran medida al discurso ofensivo y grosero. Sin embargo, al igual que la palabra «zorra», «puta» se está recuperando y es utilizada para desafiar directamente la vergüenza que la palabra ha conllevado durante cientos de años. Puede ser un término insultante, pero tiene sus raíces en el miedo a la independencia y a la autonomía sexual de las mujeres. La evolución semántica del término «puta» —de designar a una mujer que desea transformarse en un insulto que busca avergonzar ese deseo— traza las actitudes culturales en torno a la sexualidad femenina.

No utilizo el vocablo «puta» para avergonzar, sino para reconocer a todas aquellas que han sacudido las sensibilidades culturales hasta tal punto que han sido llamadas putas. Lo uso para desinflar la vergüenza que se esconde tras el término. Lo utilizo para recordar que nuestro lenguaje está en constante evolución y moldea la mirada que tenemos sobre los otros. Históricamente, si deseas, eres una puta; si tienes sexo fuera del matrimonio, eres una puta; si transgredes y amenazas al «hombre», eres una puta. Todas somos unas putas históricas.

[10] Daniel Chandler, *Semiotics: The Basics*, 2ª ed. (Londres: Routledge, 2007), p. 25.

[11] Georg Büchner, «Danton's Death», en *Danton's Death; Leonce and Lena; Woyzeck*, trad. y ed. por Victor Price (Oxford: Oxford University Press), 2008, p. 65.

[12] «Bernie Sanders Quickly Condemns Rally Speaker Who Called Hillary Clinton a "Corporate Democratic Whore"», *RealClearPolitics*, 2016. <https://www.realclearpolitics.com/video/2016/04/14/speaker_at_sanders_rally_calls_hillary_clinton_a_corporate_democratic_whore.html>. [Consultado el 9 de agosto de 2018].

[13] «Oxford English Dictionary», Oed.Com, 2018.
<[https://www.oed.com/start?](https://www.oed.com/start?authRejection=true&url=%2Fview%2FEntry%2F228780%3Frskey%3DPMdb56%26result%3D1#eid%3E)

[authRejection=true&url=%2Fview%2FEntry%2F228780%3Frskey%3DPMdb56%26result%3D1#eid%3E](https://www.oed.com/start?authRejection=true&url=%2Fview%2FEntry%2F228780%3Frskey%3DPMdb56%26result%3D1#eid%3E)>. [Consultado el 9 de agosto de 2018].

[14] Thomas De Chobham y F. Broomfield, *Thomae De Chobham Summa Confessorum* (Lovaina: Nauwelaerts, 1968), pp. 346-7.

[15] John Webster, *The White Devil*, en John Webster, *Three Plays*, ed. por David Charles Gunby (Londres: Penguin Books, 1995), pp. 84-5.

[16] Tres excelentes fuentes para leer más sobre los tribunales de calumnias de los Tudor son: Dinah Winch, «Sexual Slander and its Social Context in England c. 1660-1700, with Special Reference to Cheshire and Sussex» (tesis doctoral inédita, The Queen's College, Universidad de Oxford, 1999); Bernard Capp, *When Gossips Meet: Women, Family, and Neighbourhood in Early Modern England (Oxford Studies in Social History)*, Oxford: Oxford University Press, 2003; y Rachael Jayne Thomas, «“With Intent to Injure and Diffame”: Sexual Slander, Gender and the Church Courts of London and York, 1680-1700» (máster de artes inédito, Universidad de York, 2015).

[17] Rachael Jayne Thomas, «“With Intent to Injure and Diffame”: Sexual Slander, Gender and the Church Courts of Londres and York, 1680-1700» (tesis de máster inédita, Universidad de York, 2015), pp. 134-5.

[18] «Anne Knutsford c. Anne Blagge» (Chester, 1664), Cheshire Record Office, EDC5 1.

[19] Citado en Bernard Capp, *When Gossips Meet: Women, Family, and Neighbourhood in Early Modern England (Oxford Studies in Social History)*; Oxford: Oxford University Press, 2003, p. 193.

[20] «Susan Town c. Jane Adams» (Londres, 1695), London Metropolitan Archives, DL/C/244.

[21] «Cause Papers» (York, 1699), Borthwick Institute for Archives, Universidad de York, CP.H.4562, p. 3.

[22] «Elizabeth Young c. Robert Heyward» (Chester, 1664), Cheshire Record Office, CRO EDC5 1663/64.

[23] «Peter Leigh c. William Halliwell» (Chester, 1663), Cheshire Record Office, CRO EDC5 1663/63.

[24] «Judith Glendering c. Thomas Ellerton» (Londres, 1685), London Metropolitan Archives, DL/C/241.

[25] «Cicely Pedley c. Benedict and Elizabeth Brooks» (Chester, 1652), Cheshire Record Office, PRO Ches. 29/442.

[26] Dinah Winch, «Sexual Slander and its Social Context in England c. 1660-1700, with Special Reference to Cheshire and Sussex» (tesis doctoral inédita, The Queen's College, Universidad de Oxford, 1999), p. 52.

[27] «Martha Winnell c. Abraham Beaver» (York, 1685), Borthwick Institute for Archives, Universidad de York, C.P.H.3641.

[28] «Thomas Richardson c. Elizabeth Aborne» (Londres, 1690), London Metropolitan Archives, DL/C/243.

[29] Thomas, «With Intent to Injure and Diffame», p. 142.

[30] «Thomas Hewetson c. Thomas Daniel» (Londres, 1699), London Metropolitan Archives, C.P.H.4534.

[31] William Selwyn, *An Abridgment of the Law of Nisi Prius* (Londres: Clarke, 1817), p. 1004.

[32] La palabra *whore* aparece en un total de 163 juicios en el Old Bailey hasta 1800: desde la primera aparición en 1679 hasta 1739, 66 juicios (más del 40 por ciento); desde 1730 hasta 1769, 61 (más del 37 por ciento); desde 1770 hasta 1799, 36 (el 22 por ciento). «Historia del término *prostituta*», en *Essays by Rictor Norton*, 2018. <<http://rictornorton.co.uk/though15.htm>>. [Consultado el 10 agosto de 2018].

«Coño»: una palabra desagradable para algo desagradable

Una historia acerca de *cunt*^[33]



L'origine du monde, 1866.

Me encanta la palabra *cunt*. Me gusta todo lo que tiene que ver con ella. No solo el significado de vulva, vagina y pudendo —bondades del coño sobre las que volveremos en breve—, sino el verdadero signo oral y visual de *cunt*. Me encanta su sencilla forma monosilábica. Me encanta que las

tres primeras letras —*c u n*— tengan la misma forma de cáliz que va rodando hasta que la oclusiva *T* las detiene al final de su camino. Me encanta el gruñido enérgico de la *C* y la *T*, que se intercala con los sonidos más suaves del *un* y permite escupir la palabra como una bala o alargar el *un* y hacerlo rodar por la boca para conseguir un efecto dramático: ¡*cuuuuuuuuuunt!*

Me encanta porque es deliciosamente sucia, infinitamente divertida, un signo de exclamación auditivo capaz de detener una conversación en su camino. Walter Kirn llamó con razón al término *cunt* «la bomba atómica de la lengua inglesa».[34]

Me encanta su versatilidad. En Estados Unidos es espectacularmente ofensivo, mientras que en Glasgow puede ser un término cariñoso: *I love ya, ya wee cunt* es una expresión que se oye en todas las guarderías de Glasgow. Bueno, eso no es cierto, pero los escoceses poseen una deslumbrante destreza lingüística con *cunt*. *Trainspotting*, la novela de Irvine Welsh (1993), contiene 731 *cunt* (aunque solo diecinueve llegaron a la película). Me encanta, más que nada, el enorme poder de la palabra. Me fascina el estatus sagrado de *cunt*, «la más desagradable de las palabras desagradables», como dijo Christina Cadwell.[35] Hay otros candidatos al puesto de la palabra «más ofensiva» en lengua inglesa: los insultos raciales. La palabra *nigger* es profundamente ofensiva por su contexto histórico. Es un término que se utilizó para deshumanizar a la gente negra y justificar algunas de las peores atrocidades de la historia de la humanidad. Permitió la esclavización y la masacre de millones de personas al